

PARTE II. ban situadas en la Basilicata á las órdenes de Precy, caballero joven y esforzado, que era tenido por uno de los cabos mejores del ejército frances. Y luego que le hubieron llegado estos refuerzos, y la gente de los barones Angevinos, Aubigny, con fuerzas ya muy superiores á las de su contrario, dirigió su marcha sobre Seminara<sup>14</sup>.

Prudencia de Gonzalo.

Fernando, que no habia tenido ningun aviso de que su adversario se hubiera juntado con Precy, y que estaba persuadido de que las fuerzas del frances eran muy inferiores en número á las suyas, en cuanto supo que se aproximaba resolvió salirle inmediatamente al encuentro, y darle la batalla antes que llegara á Seminara. Gonzalo fué de contrario parecer: consideraba que sus tropas estaban muy poco experimentadas en la guerra con los veteranos franceses y suizos, para que pudiera consentir en aventurarlo todo al éxito de una sola batalla. Cierta era que la caballería pesada española podia competir con cualquiera de Europa, y aun se decia que llevaba ventaja á todas en la belleza y calidad de sus arreos, en una época en que se usaba en las armas el lujo mas primoroso<sup>15</sup>; pero no tenia sino un puñado de esta clase, pues la generalidad de su caballería consistia en *ginetes*, ó caballos ligeros, muy útiles para los combates de guerrillas á que se habian acostumbrado en la guerra de Granada, pero incapaces á primera vista de sufrir el choque de la *gendarmería* francesa cargada de acero. Juntamente tenia algún reparo en llevar sin mas preparativos á su pequeño cuerpo de infantería, armado como estaba solo con espadas cortas y escudos, y muy reducido en número, como ya se ha dicho, á combatir contra la formidable falange de las picas suizas. En cuanto á las tropas calabresas, no tenia en ellas la menor confianza. Y en todo caso, siempre consideraba prudente que antes de venir á la batalla se tomaran noticias mas exactas que las que tenian acerca de la fuerza efectiva del enemigo<sup>16</sup>.

Pero todo este plan le trastornó la impaciencia de Fernando y de

14 Giovio, Vita Magni Gonsalvi, páginas 215, 217.—Idem, Hist. sui temporis, pp. 83, 85.—Bembo, Istoria Viniziana, libro 3, pp. 160, 185.—Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 8.—Guicciardini, Istoria, lib. 2, pp. 88, 92.—Chronica del Gran Capitan, cap. 25.

15 Giovio, Vita Magni Gonsalvi, libro 1.—Du Bos, Ligue de Cambray, Introd., página 58.

16 Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 7.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, ubi supra.

los suyos. Verdad es que tambien los principales caballeros españoles, así como los italianos, entre los cuales se contaba á algunos que mas adelante adquirieron alta fama en estas guerras, instaban á Gonzalo para que dejase á un lado los escrúpulos, haciéndole presente lo impolítico que seria manifestar en esta coyuntura la menor desconfianza en sus fuerzas y abatir el ardor de los soldados cuando se hallaban ansiosos de entrar en accion. El caudillo español, aunque estaba muy lejos de convencerse, cedió á tan importunas instancias, y el rey Fernando sin mas dilacion sacó su pequeño ejército contra el enemigo.

Despues de haber atravesado una cordillera de montes que se estenden hácia el oriente de Seminara, como á cosa de una legua llegaron á las orillas de un rio pequeño, y vieron que por los llanos del otro lado venian los franceses avanzando rápidamente contra ellos. Fernando resolvió esperarlos, y tomando posesion en el declive de los montes, mirando al rio, colocó su caballería en el ala derecha y la infantería en la izquierda<sup>17</sup>.

Batalla de Seminara.

Los generales franceses Aubigny y Precy, poniéndose á la cabeza de su caballería que la traian en el ala izquierda, y que se componia de unos cuatrocientos caballos de línea y dos tantos mas de ligeros, se arrojaron sin vacilar sobre el rio. Su ala derecha la ocupaba la erizada falange de piqueros suizos, en formacion cerrada, y detras de éstos venia la milicia del país. Los *ginetes* españoles consiguieron introducir algun desórden en la *gendarmería* francesa antes que pudieran formar despues de haber cruzado el rio; pero no bien se hubo logrado esto cuando los españoles, conociendo que no podian resistir el choque del enemigo, volvieron grupas, y se retiraron precipitadamente con ánimo de volver de nuevo á la carga segun la costumbre y táctica de los moros. Pero la milicia calabresa, que no comprendió esta maniobra, la tomó por derrota, y creyendo perdida la batalla, llena de espanto abandonó el puesto, y se encomendó á los piés, sin aguardar á que la infantería suiza enristrara sus lanzas contra ella.

En vano procuraba el rey Fernando detener á los cobardes fugitivos, que no tardaron en ver sobre sí á la caballería francesa, hacien-

Derrota de los napolitanos.

17 Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, pp. 216, 217.—Chronica del Gran Capitan, cap. 24.—Quintana, Españoles célebres, t. 1, pp. 223, 227.

PARTE II. do en ellos terrible estrago. El joven monarca á quien su brillante armadura y lucido plumaje hacian blanco señalado para los tiros, se vió en inminente peligro. Habia roto su lanza en el cuerpo de uno de los caballeros franceses mas adelantados, á tiempo en que cayendo su caballo, se quedó enredado en los estribos, y hubiera perecido ciertamente en el lance á no haber acudido muy pronto un joven caballero, llamado Juan de Altavilla, que dando su caballo al rey, se quedó esperando tranquilamente al enemigo, por quien fué muerto en el acto. No es raro encontrar en estas guerras tales ejemplos de lealtad y abnegacion, que derraman cierto lustre interesante sobre los rasgos mas duros y feroces de aquella época <sup>18</sup>.

A Gonzalo se le vió en lo mas recio de la pelea, mucho tiempo despues de haberse retirado el rey, atacando denodadamente al enemigo á la cabeza de su puñado de españoles, no con la esperanza de hacer cambiar la suerte de la batalla, sino para proteger la huida de los aterrados napolitanos. Al fin tuvo que ir cediendo á la superioridad del número, pero consiguió llevar salva á Seminara la mayor parte de su caballería. Si los franceses hubiesen sabido aprovecharse de este triunfo, la mayor parte del ejército real, con el rey Fernando y Gonzalo á la cabeza hubieran caído en su poder, y de esta manera habria quedado decidida para siempre por esta sola batalla, no solo la suerte de aquella campaña, sino la del reino de Nápoles. Felizmente no supieron los franceses aprovecharse de la victoria como habian sabido ganarla, ni intentaron siquiera proseguirla. Atribuyóse esto al mal estado de la salud de su general Aubigny, debido á la extrema insalubridad del clima. Estaba tan débil que no podia andar por mucho tiempo á caballo, y tuvieron que llevarsele en una litera en cuanto se decidió la accion. Pero cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que por esta inaccion los vencedores dejaron perder los frutos que les ofrecia la victoria. Fernando huyó en el mismo dia en una nave que le volvió á Sicilia, y Gonzalo á la mañana siguiente antes del alba se retiró por medio de los montes á Reggio con cuatrocientas lanzas españolas. Tal fué el éxito de la primera batalla de im-

Gonzalo se retira á Reggio.

<sup>18</sup> Giovio, Hist. sui temporis, lib. 3, pp. 83, 85.—Chronica del Gran Capitán, cap. 24.—Summonte, Hist. di Napoli, t. III, lib. 6, cap. 2.—Guicciardini, Istoria, lib. 2, p. 112.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, p. 690.

portancia en que Gonzalo de Córdoba tuvo un mando principal; la única que perdió durante su larga y afortunada carrera. Pero esta pérdida no perjudicó en nada á su fama, porque se habia emprendido la batalla contra su opinion y consejo; al contrario, toda su conducta en este lance de guerra, contribuyó mucho á afirmar su reputacion, porque acreditó que no era menos prudente en el consejo que esforzado en la pelea <sup>19</sup>.

El rey Fernando, lejos de caer de ánimo por esta derrota, adquirió mayor confianza con la esperiencia de lo bien dispuesta que estaba á su favor la Calabria; y esperando que iguales sentimientos de fidelidad hallaria en la capital, determinó dar un golpe atrevido para recobrarla, y esto al punto, antes que su anterior derrota desalentara á sus partidarios. En su consecuencia se embarcó en Mesina con solo un puñado de soldados en la flota del almirante español Requesens. Componiase ésta de ochenta naves, la mayor parte de ellas de pequeño porte. Con este armamento, que á pesar de su formidable apariencia llevaba escasas fuerzas efectivas para las operaciones de tierra, aquel joven y arriesgado príncipe se presentó á la vista del puerto de Nápoles antes del fin de Junio.

Ocupaba la ciudad con seis mil franceses el virey de Carlos, duque de Montpensier; el cual, apenas se divisó la flota española, salió con sus fuerzas para oponerse al desembarco de Fernando, sin dejar mas que unos pocos soldados para mantener en obediencia á la ciudad. Pero no bien hubo salido, cuando los habitantes, que aguardaban con impaciencia una ocasion para sacudir el yugo, tocaron las campanas á rebato, y tomando las armas en todos los puntos de la ciudad, y degollando á los débiles restos de la guarnicion que habian quedado, le cerraron las puertas; en tanto que Fernando, que habia conseguido llamar la atencion del general frances hácia otro punto, se presentó delante de los muros, y fué recibido con alegres aclamaciones y vivas por el pueblo entusiasmado <sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Guicciardini, Istoria, lib. 1, p. 112. p. 519.—Guicciardini, Istoria, lib. 2, páginas 113, 114.—Giovio, Hist. sui temporis, libro 3, pp. 87, 88.—Villeneuve. Mémoires, apud Petitot, Collection des Mémoires, t. XIV, pp. 264, 265.

PARTE II. Pero los franceses, aunque escludidos de la ciudad, consiguieron, dando un rodeo, entrar en la fortaleza que la dominaba. Desde allí Montpensier causaba gran daño á la poblacion, haciendo frecuentes salidas, así de día como por la noche, á la cabeza de su *gendarmería*, hasta que por fin fueron contenidos los franceses en todas direcciones por medio de parapetos que los habitantes se apresuraron á levantar con carros, toneles llenos de piedras, sacos de tierra y con todo lo que pudieron haber á las manos. Al mismo tiempo las ventanas, balcones y tejados se coronaron de combatientes, que arrojaban tal nube de proyectiles sobre los franceses, que éstos por último tuvieron que refugiarse á sus reparos. Montpensier se vió allí estrechamente cercado, hasta que reducido finalmente por el hambre, tuvo que capitular. Pero antes que llegase el día prefijado para la rendicion, logró una noche fugarse por mar á Salerno, á la cabeza de dos mil y quinientos hombres. El resto de la guarnicion, con la fortaleza, se entregó al victorioso Fernando á principios del año siguiente. De esta manera, por uno de aquellos cambios repentinos que acontecen en la suerte de la guerra, el desterrado príncipe, cuya causa se presentaba pocas semanas antes como enteramente perdida, se vió restablecido en el palacio de sus mayores <sup>21</sup>.

No se detuvo Montpensier por mucho tiempo en sus nuevos cuarteles. Conociendo que era preciso obrar inmediatamente para contener los rápidos progresos del enemigo, salió de Salerno antes de concluirse el invierno, reforzando su ejército con las tropas que pudo recoger de todos los puntos del país. Con este cuerpo, tomó el camino de la Apulia, con intencion de atraer á Fernando, que ya habia establecido allí sus reales, á una batalla decisiva. Pero las fuerzas de éste eran tan inferiores á las de su contrario, que se vió obligado á mantenerse á la defensiva hasta que los venecianos le reforzaron con un cuerpo considerable de tropas. Y entonces se encontraron tan equilibrados los dos ejércitos, que ninguno de ellos queria aventurarlo todo á la suerte de una sola batalla; y así no se hizo mas que prolongar la campaña con lánguidas operaciones, que no produjeron ningun resultado importante.

<sup>21</sup> Giovio, Hist. sui tempores, lib. 3, pp. 88, 90, 114, 119.—Guicciardini, Istoria, lib. 2, pp. 114, 117.—Summonte, Hist. di Napoli, t. vi, pp. 520, 521.

Entretanto Gonzalo de Córdoba poco á poco iba enseñoreándose por las armas de toda la Calabria meridional. La naturaleza de aquel terreno, áspero y montuoso, á la manera de las Alpujarras, y cubierto de multitud de plazas fuertes, era muy á propósito para poner en ejercicio la táctica que Gonzalo habia aprendido en la guerra de Granada. Hizo poco uso de la caballería pesada, fiando en sus *ginetes*, y mas aún en sus infantes, bien que tenia cuidado de evitar todo choque de frente con los temibles batallones suizos. Y procuraba suplir la cortedad del número y la falta de fuerza efectiva con la rapidez de los movimientos y con los ardidés de guerra propios de los moros, cayendo sobre los enemigos donde menos lo esperaban, sorprendiendo sus fuertes en el silencio de la noche, armádoles emboscadas, y asolando el país con aquellas terribles correrías cuyos efectos habia presenciado tantas veces en las hermosas vegas de Granada. Adoptó tambien la política que seguia su rey D. Fernando el Católico en la guerra de los moros, tratando con dulzura á los pueblos que se sometian y ejerciendo terrible venganza contra los que hacian resistencia <sup>22</sup>.

Los franceses se encontraban muy desconcertados por aquellas operaciones irregulares, tan poco parecidas á lo que estaban acostumbrados á ver en el método ordinario de la guerra de Europa. Los desalentaba tambien la continuacion de la enfermedad de Aubigny y la creciente desafeccion de los calabreses, que en las provincias meridionales contiguas á Sicilia estaban muy inclinados en favor de los españoles.

Gonzalo, aprovechándose de estas buenas disposiciones, continuaba sin intermision sus triunfos, ganando los castillos uno tras otro, de manera que al fin del año tuvo conquistada toda la baja Calabria. Y todavía hubieran sido mas rápidos sus progresos si no fuera por los graves embarazos que la falta de socorros le causaba. Habia recibido algunos refuerzos de Sicilia, pero muy pocos de España, porque las ponderadas levas de Galicia, en lugar de ascender á mil quinientos hombres, se habian reducido á trescientos escasos, y aun éstos lle-

<sup>22</sup> Bembo, Istoria Viniziana, libro 3, pp. 173, 174.—Chronica del Gran Capitán, capítulo 26.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, p. 218.—Villeneuve, Mémoires, p. 313.—Sismondi, Républiques Italiannes, t. xii, p. 386.

PARTE II. garon en el estado mas miserable, desprovistos totalmente de vestuario y municiones. Y aun se vió precisado á disminuir sus fuerzas insuficientes, para guarnecer las plazas conquistadas, de las cuales tuvo sin embargo que dejar muchas sin la menor defensa. Para aumento de males se encontraba tan destituido de los fondos necesarios para pagar á las tropas, que se vió precisado á detenerse en Nicastra cerca de dos meses, hasta que por fin en Febrero de 1496 le llegó una remesa de España. Con este auxilio emprendió de nuevo las operaciones con tal vigor, que á fines de la primavera tenia ya reducida toda el alta Calabria, menos un pequeño ángulo de la provincia en que se mantenía aún el general frances Aubigny. En estas circunstancias le llamó en su socorro el rey de Nápoles, que tenia su campo al frente de Atella, ciudad enclavada entre los Apeninos en las fronteras occidentales de la Basilicata<sup>23</sup>.

Decaen los franceses.

La campaña del invierno precedente entre Montpensier y el rey Fernando no habia dado ningun resultado positivo, habiendo permanecido los dos ejércitos á la vista uno de otro, sin llegar jamas á darse la batalla. Esta prolongacion de las operaciones era funesta para los franceses, porque entretanto los naturales les interceptaban los convoyes, los mercenarios suizos y alemanes se les rebelaban y desertaban por falta de pagas, y los napolitanos que estaban á su servicio se les marchaban á bandadas, disgustados de la conducta tiránica y opresora de sus nuevos aliados. Carlos VIII se hallaba por entonces consumiendo el tiempo y su salud en su ordinaria vida de torpes placeres. Parecia que desde el instante en que cruzó los Alpes habia borrado la Italia enteramente de su pensamiento. No hacian en él ningun efecto ni las súplicas de los pocos italianos que se hallaban en su corte, ni las representaciones de los nobles franceses, de los cuales habia muchos que aunque se opusieron á la primera expedicion, deseaban emprender ahora la segunda para ir á socorrer á sus valientes compañeros, á quienes aquel jóven y disipado monarca dejaba enteramente entregados á su suerte<sup>24</sup>.

23 Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 11, 20.—Guicciardini, Istoria, lib. 2, p. 140.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, pp. 219, 220.—Chronica del Gran Capitan, cap. 25, 26.

24 Guicciardini, Istoria, lib. 3, páginas 140, 157, 158.—Comines, Mémoires, lib. 8, chap. 23, 24.—Pedro Mártir, Opus, Epist., epist. 183.

Du Bos explica la diferencia que ha-

Por fin Montpensier, perdida la esperanza de recibir socorro de su país, y estrechado por la falta de víveres, determinó abandonar las cercanías de Benevento, donde se hallaban acampados los dos ejércitos, y retirarse á la fértil provincia de la Apulia, cuyas principales plazas estaban aún guarnecidas por franceses. Para ello levantó su campo con sigilo en el silencio de la noche, y consiguió tomar una jornada de delantera al enemigo, antes que éste pudiera emprender su persecucion. Pero Fernando siguió con tanta diligencia, que alcanzó al ejército que se retiraba, en la ciudad de Atella, y le impidió pasar adelante. Aquella ciudad, que segun se ha dicho está en los extremos occidentales de la Basilicata, se halla situada en un estenso valle rodeado de colinas que se elevan unas sobre otras á manera de anfiteatro, y por cuyo centro corre un pequeño rio que despues de abastecer de agua á la ciudad y de dar impulso á diferentes molinos que la proveen de harinas, va á desembocar en el Ofanto. A pocas millas se hallaba la plaza fuerte de Ripa Cándida, con guarnicion francesa, por cuyo medio esperaba Montpensier mantener sus comunicaciones con los fértiles países del interior.

Fernando, deseoso de traer la guerra á término, si era posible, cogiendo á todo el ejército frances, tomó las disposiciones convenientes para tenerlos en bloqueo rigoroso, y dispuso sus fuerzas de manera que dueñas de todos los caminos que iban á la ciudad impidieran absolutamente la entrada de víveres; pero se convenció muy pronto de que su ejército, aunque muy superior al de su contrario, no era bastante para esta operacion sin ayuda de otro. En su consecuencia resolvió llamar en su apoyo á Gonzalo de Córdoba, cuya fama fundada en sus expediciones resonaba ya por todos los ángulos del reino<sup>25</sup>.

Los franceses sitiados en Atella.

bia entre los soldados alemanes ó *lands-knechts*, y los suizos, en los términos siguientes: "Les lansquenets étoient même de beaucoup mieux faits, généralement parlant, et de bien meilleure mine sous les armes, que les fantassins suisses; mais ils étoient incapables de discipline. Au contraire des suisses, ils étoient sans obéissance pour leurs chefs, et sans amitié pour leurs camarades."

(Ligue de Cambray, t. 1, disert. preliminar., p. 66.) Comines confirma aquella diferencia, pagando al mismo tiempo un honroso tributo á la lealtad de los suizos; cualidad que hasta nuestros dias ha continuado siendo su rasgo característico. Mémoires, lib. 8, chap. 21.

25 Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, pp. 218, 219.—Chronica del Gran Capitan, cap. 28.—Quintana, Españoles cé-

PARTE II.

Este aviso de Fernando le recibió el general español estando acampado con su ejército en Castrovillari, á la parte septentrional de la Calabria superior. Vió Gonzalo que si acudia inmediatamente se esponia á perder todos los frutos de su larga y victoriosa campaña, porque su activo enemigo no dejaria de aprovecharse de su ausencia para reparar sus pérdidas; pero por otra parte consideraba que si no iba á apoyar á Fernando podia perderse la ocasion mas favorable que se hubiera presentado para concluir de una vez la guerra. Resolvió pues abandonar el teatro de sus triunfos y marchar en auxilio del rey Fernando. Pero antes de partir quiso dar un golpe tal que, si era posible, dejase á sus enemigos incapacitados de emprender ningun movimiento importante mientras durase su ausencia.

Gonzalo sorprende á Laino.

Tuvo noticia de que gran número de señores angevinos, la mayor parte de ellos de la poderosa familia de San Severino, estaban reunidos, con sus vasallos y un refuerzo de tropas francesas, en el pueblo de Laino, situado al noroeste de las fronteras de la Calabria alta, en donde se hallaban esperando reunirse con Aubigny; y Gonzalo determinó sorprender aquella plaza y apoderarse de los ricos despojos que contenia antes de su partida. Tenia que ir por un terreno áspero y montuoso, cuyos pasos estaban ocupados por la gente de Calabria que seguia el partido de los angevinos. Pero el general español fácilmente se abrió camino por medio de aquella turba sin disciplina, cercandole y haciendo pedazos á un cuerpo considerable de esta gente que se hallaba esperándole en emboscada en el valle de Murano. El pueblo de Laino, situado en las riberas del Lao, que pasa lamiendo sus muros, estaba defendido por un buen castillo construido en la parte opuesta del rio, que por medio de un puente se comunicaba con la ciudad. Aquel fuerte dominaba todas las entradas de la plaza por el camino real. Pero Gonzalo salvó esta dificultad tomando un rodeo á traves de los montes. Anduvo toda la noche, y vadeando el Lao como dos millas mas arriba de la poblacion, antes de rayar el dia entró en ella con su pequeño ejército, habiendo destacado de antemano una parte de sus tropas para apoderarse del puente. Los habitantes, á quienes arrancó de su sueño con sobresalto la inesperada presencia del ene-

lebres, t. 1, p. 226.—Bembo, Istorica Viniziana, lib. 3, p. 184.—Guicciardini, Istorica, lib. 3, p. 158.

CAP. II.

migo en sus calles, acudieron inmediatamente á las armas, y se dirigieron al castillo que estaba al otro lado del rio; pero encontraron ocupado el paso por los españoles. Los napolitanos y franceses, viéndose cortados por todas partes, emprendieron una resistencia desesperada que terminó quedando muerto su gefe Americo San Severino y prisioneros todos los que no perecieron en el combate. Rico fué el botin que cayó en manos de los vencedores; pero la presa mas gloriosa fueron los señores angevinos, que llegaban á veinte, á los cuales envió Gonzalo despues de la accion en clase de prisioneros á Nápoles. Este golpe decisivo, cuya fama circuló por todo el país con la rapidez del relámpago, fijó la suerte de la Calabria; llenó de terror á los franceses, y los dejó de tal manera imposibilitados que pocos motivos de recelo pudieron quedar á Gonzalo durante la ausencia que meditaba <sup>26</sup>.

El general español, no perdió tiempo en marchar hácia Atella. Antes de salir de Calabria recibió de España un refuerzo de quinientos soldados; y el total de sus fuerzas españolas, ascendia, segun Giovio, á cien hombres de armas, quinientos caballos ligeros y dos mil infantes, todos gente escogida y bien amaestrada en el penoso servicio de la anterior campaña <sup>27</sup>. Aunque una gran parte del camino que debia llevar era por país de enemigos, halló poca oposicion, porque el terror de su nombre, dice el escritor citado, le precedia por todas partes. Llegó delante de Atella á principios de Julio. El rey de Nápoles, en cuanto supo que se aproximaba, salió de su campo, acompañado del general veneciano, marqués de Mantua, y del legado del Papa, César Borjia, á recibirle. Todos se apresuraban á honrar al grande hombre que habia acabado tan brillantes empresas, que en menos de un año se habia hecho dueño de la mayor parte del reino de Nápoles, y que habia ejecutado todo esto con muy pocos recursos y contra las tropas mas aguerridas y mejor disciplinadas de Europa. Entonces fué cuando, segun los escritores españoles, se le aclamó á una voz con el

Llega Gonzalo delante de Atella.

<sup>26</sup> Giovio, Vita Magni Gonsalvi, páginas 219, 220.—Chronica del Gran Capitán, cap. 27.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 2, cap. 26.—Quintana, Españoles célebres, tomo 1, pp. 227,

<sup>27</sup>—Guicciardini, Istorica, lib. 3, páginas 158, 159.—Mariana, Hist. de España, lib. 26, cap. 12.

<sup>27</sup> Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 4, p. 132.